

FERNANDO BENITEZ

Originario de la ciudad de México, en donde nació el 16 de enero de 1911.

Periodista, ensayista y novelista de alta calidad. Cultiva el teatro y ha entrado en el mundo de la historia revitalizándolo e imprimiéndole agilidad y belleza.

Dirigió de 1950 a 1960 el suplemento dominical de *Novedades, México en la Cultura* y, desde 1962, *La Cultura en México*, en la revista *Siempre!*. Varios años colaboró en *El Nacional*.

Se le deben importantes libros como: *Caballo y Dios, Relatos sobre la muerte* (1945); *China a la vista, libro de viajes* (1953); *Cristóbal Colón, misterio en un prólogo y cinco escenas* (1951); *La vida criolla en el siglo XVI* (1953); *La ruta de Hernán Cortés* (1950); *Ki: el drama de un pueblo y de una planta* (1956); *La ruta de la libertad* (1960); *La última trinchera* (1963); *La batalla de Cuba* (1960); *El rey viejo* (1959); *El agua envenenada* (1961); *Los hongos alucinantes* (1964); *Viaje a la Tarahumara* (1960); *Los indios de México* (1967), y numerosos artículos.

Fuente: Fernando Benítez. *Viaje a la Tarahumara*. México, Ediciones Era, 1960. 86 p. Il. p. 35-42.

LOS MAESTROS RURALES

Venancia Vidal —la vieja Venancia, como la llaman sus alumnos— es la directora del internado para niñas indígenas de Guachochi. Me recibió sentada ante una mesa de pino. Su espalda carnosa daba a una ventana. A través de los cristales se extendía la herbosa calle, el tejado puntiagudo de la casa del maestro de música y las copas oscurecidas de un pinar lejano. A su lado, las muchachas bordaban manteles, tejían chaquetas de lana, cortaban telas de sus vestidos. Las máquinas de coser —datan de la época del general Cárdenas— llenaban de ruido el cuarto.

—Usted no puede imaginarse cómo llegan las niñas al internado —me dijo la vieja Venancia—. En invierno vienen descalzas, con una falda rota y una camisa hecha jirones. Parecen gatitos asustados. No levantan la mirada, se niegan a jugar y algunas organizan verdaderas huelgas de hambre. Una chica

se negó a comer durante cuatro días. Hubo necesidad de volverla a su casa; cuando principian a reñir, me digo: esto va bien. Se han salvado.

Y están salvadas. Veía sus cuerpos de adolescentes inclinarse sobre sus labores; llevaban las negras trenzas atadas con listones de color; sus gruesos dedos de campesinas manejan con soltura agujas y tijeras, y los pies descalzos —no se deciden a usar zapatos en el tiempo de lluvias— y las piernas recogidas aumentaban el gracioso recato de sus figuras.

—Sin embargo —añadió Venancia—, no sé si hago un bien o hago un mal educándolas. Esta idea me desvela, me atormenta sin cesar. ¿Qué destino les aguarda al dejar el internado?

Las muchachas habían salido. La fuerte luz de la lámpara iluminaba los grises cabellos despeinados, el ancho rostro bondadoso y sonriente de Venancia.

—En uno de mis viajes por la sierra encontré a una muchacha que había sido mi alumna en el internado de Choguita. Estaba frente a la puerta de su choza y me costó trabajo reconocerla. Un pañuelo sucio cubría su cabeza. El vestido, de manta, no podía sufrir más jirones y remiendos. Con voz cansada me refirió su historia. De vuelta a la casa de sus padres echaba de menos la ropa limpia, la cama, nuestra pobre comida. Como no tocaba el pinole ni las yerbas que forman su alimentación diaria, el padre, para comprarle la avena, la carne y los frijoles que le servíamos en el internado, principió a malbaratar sus borregos y sus cabras. “Yo no podía dejar arruinarse a mi padre —me confesó llorando— y abandoné la casa. Entré de sirvienta con un mestizo; usted sabe, maestra, lo que siempre ocurre en la casa de los mestizos, y más tarde rodé de pueblo en pueblo. Por último me casé y desde entonces vivo aquí”, exclamó abriendo los brazos en un ademán que comprendía la choza derruida y solitaria, el bosque talado, la milpa, los niños hambrientos y desnudos.

”No soy tan vieja como parezco —me dijo Venancia tratando de arreglarse los desordenados mechones grises de su pelo—. Nací en 1905, muy lejos de aquí, en Jonacatepec, estado de Morelos. Mi abuelo paterno era panadero de la hacienda de Santa Clara. Mi padre fue un zapatero aficionado a la política. Desciendo, por ello, de los peones de las haciendas azucareras, de los campesinos de Morelos que compraron la tierra con su sangre. Mi infancia y mi juventud carecen de im-

portancia: son una parte minúscula de la revolución que sacudió a México. El hecho de que las tropas federales se llevaran a las mujeres y a los niños de Morelos, para matar al zapatismo en su cuna, me hizo una niña trashumante. Primero estuve con una hermana de mi madre en Atlixco, luego estudié la primaria y tres años de comercio en Puebla y en México.

"Trabajé algo como oficinista y al cumplir los 18 años, un general, cuñado mío, me llevó a Durango. Por recomendación suya me admitieron en la misión de los indios tepehuanes, donde sentí con fuerza que había nacido para enseñar y para vivir entre los niños.

"Allí me casé con un maestro, director del internado de Santa María Ocotán. Mi marido era un hombre guapo. Tenía la debilidad de creer en la teosofía, pero siempre estuvo animado por el deseo de servir a la gente. La música lo arrebató y él mismo tocaba el violín de un modo que entonces me parecía inigualable.

"La fiesta de la Revolución, el 20 de noviembre, habíamos preparado atole, tamales y calabaza en dulce, cuando llegaron los correos gritando: «¡Ahí vienen los cristeros!» Los niños huyeron al campo gritando también: «¡Ahí vienen los católicos!»

"Ah, señor —exclamó Venancia, escandalizada—, nunca en mi vida he visto a gente que limpie tan bien una casa y en tan poco tiempo. Saquearon nuestra pequeña biblioteca, las bodegas, los dormitorios, las cocinas. Recuerdo ahora que a un campesino cubierto de escapularios y cananas le gustó mi texto de francés encuadernado en piel y con cantos dorados.

«Padre —le dijo al cabecilla—, ¿me lo puedo llevar a mi casa?»

«Déjame verlo —respondió el sacerdote—, no se trate de un libro socialista.»

A mi marido querían ahorcarlo. Lo acusaban de profesar ideas disolventes —por fortuna no descubrieron su credo teosófico—, y al hijo del maestro de música se lo llevaron como rehén exigiendo por su rescate veinte mil pesos.

"A pie cruzamos el desierto —yo que siempre he sido mala para caminar—, comiendo nopales y tunas. El viaje a Durango me dejó una lección inolvidable: entonces supe que dentro de nosotros vive una bestia. Los maestros luchaban entre sí por una raíz, como fieras, y me es imposible descri-

birle la forma en que mataron, con una pequeña navaja, a un borrego de leche.

"Nueva misión, esta vez en Sisoguichi. Los padres estaban escondidos y vivíamos en estado de sitio. Al salir nos gritaban: «Echénles los perros. Fuera los ateos, los socialistas.» Nos rompían los vidrios a pedradas, nos insultaban y, temerosos de ser asaltados, montábamos guardia noche y día en las escuelas, pero es casi seguro que los jesuitas, en sus escondites, no la pasaban mejor que nosotros.

"Nos salvó José Jarís, el líder tarahumara de la sierra. El Aporochi —el abuelo, como se le llamaba— era un indio con taparrabos y pañuelo amarrado a la cabeza. Cuando los mestizos hacían una de las suyas, ponía en el morral una buena cantidad de pinole, descolgaba sus pantalones y se iba en busca de Lázaro Cárdenas. No importaba donde se encontrara, ahí llegaba el Aporochi.

"Todavía una salida más a Chiapas y a Oaxaca. Allí me divorcié. Pensaba —suspiró tristemente— que iniciábamos una vida espantosa y me separé resueltamente. Ya sola, anduve por Nayarit, aunque siempre deseando volver a la sierra.

"Hace años no salgo de la Tarahumara. Tengo dos diplomas: el de servicios distinguidos y el de mis treinta años de maestra. ¿Pregunta usted si pienso retirarme? De ningún modo. Lo único que lamento es no haber sido directora más joven. Estoy cansada y reumática, pero todavía soy útil. Mire a esa muchacha. . .

(Esa muchacha se llama Belem y desde mi primera visita al internado me habían llamado la atención sus ojos, su cuerpo ágil y su nerviosa movilidad que la hacía verse como un pequeño gato montés.)

—Es hija de tarahumara y tepehuana —comentó la vieja Venancia—. Desde muy chica entró como sirvienta a la casa de un mestizo. Cargaba leña, cocinaba, cercaba las tierras, ordeñaba las vacas, lazaba los becerros. Un día que fue derribada por un toro, quedó tirada sin poderse mover y el mestizo la pateó creyendo que fingía. Algunas veces trataron de violarla en el campo, mas ella es fuerte y supo defenderse con valentía.

"En 1956 era mi sirvienta. Tenía 16 años. Veía las letras y suspiraba diciendo: «¡Cómo me gustaría saber lo que dicen esas basuritas!» No pasaba un día sin deslizar una insinuación: «Quisiera ser hombre para entrar a la escuela», o bien

se quejaba en su lenguaje especial, porque es horriblemente mal hablada, exclamando: «Dígame la verdad, con mil diablos. ¿No puedo entrar al internado porque soy una vieja?»

"Ese mismo año, el Instituto Indigenista la nombró promotora con un sueldo de 330 pesos mensuales, más la casa y la comida que le proporciona el internado. Aprendió a leer directamente en el pizarrón —el pizarrón que Venancia compró con su dinero y que cada año es necesario cortar para eliminarle los agujeros—, y a los dos meses exclamaba maravillada: «Ya sé lo que quieren decir esas basuritas».

"Belem es una muchacha que se me metió en el corazón. Va en su tercer año; aconseja a sus condiscípulas en tarahumara y sabe convencerlas imponiéndose de una manera suave y enérgica; toca la corneta, es oradora en dos idiomas, cose, hace pasteles y con su dinero les compra ropa y maíz a sus padres.

"Un jesuita que encontró a Belem bordando comentó: «Trabaja con amor».

"La muchacha le contestó riéndose: «¡Qué casualidad. Lo mismo me dijo un cura protestante!»

"Las quiero de veras —exclamó en un arrebató Venancia—. Cuando les hacen algo lloro de rabia, y por desgracia hay que llorar todos los días."

—¿No exageran las crueldades de los mestizos? —pregunté—. ¿No se trata de un exceso de celo apostólico?

—Mire usted —responde Venancia poniéndose seria—, hace dos semanas un mestizo trató de violar a una muchacha casada. El marido los sorprendió forcejeando y el mestizo echó a correr seguido por el indio. Ya en su casa, salieron dos amigos del mestizo, golpearon al hombre ofendido y lo llevaron preso con el Presidente Seccional, acusándole de haber querido incendiar la casa del ofensor.

—¿El final de la historia?

—El final de rigor. En el juzgado de Batopilas, donde todo se arregla con dinero, cohecharon al juez y el bribón fue absuelto. Yo lo encontré en la calle y lo insulté. No pude contenerme.

"Soy maestra, costurera, cocinera, procuradora de indios. A veces me siento cansada."

Y tenía razón, porque eso no era todo: la vieja Venancia escribe oficios, califica los trabajos escolares, lleva la contabilidad de los talleres y realiza mil combinaciones ingeniosas

para que las alumnas puedan comer y vestirse con los 3.50 pesos asignados por la Secretaría de Educación a cada una.

Ya tarde me despedí de Venancia y salí a la fría noche. Había conocido a una mujer extraordinaria, sola en la montaña con su pasión y su reumatismo. Sus últimas palabras me bailaban en la cabeza.

—La discriminación que pesa sobre los indios nos alcanza a nosotros. No estamos preparados —confesó sonriente—. No tenemos cartón (título) y eso cuenta.

Todavía visité en la sierra al maestro rural Manuel Loya, del que me habló la vieja Venancia. También es director de un internado, el de Tónachi, pero a diferencia de Venancia, una mujer que lleva en sus venas sangre de peones zapatistas, Loya descende de una familia de agricultores mestizos vecindada entre los indios. A causa de su miseria, cuidaba los rebaños con otros indios tarahumaras y en todo eran iguales, salvo que Manuel llevaba al campo sus papas, frijoles y tortillas y los indios salían a pastorear cargando a cuestras su jícara y sus tres kilos de pinole.

—Los chicos —me dijo— llegan al internado en estado de naturaleza, sin camisa, sin huaraches y con sólo el taparrabos. Nuestra primera tarea consiste en bañarlos. Ignoran su nombre —de hecho carecen de él— y el período de adaptación es difícil. Sufren mucho cuando les cortamos las trenzas; durante algún tiempo rechazan la sopa de fideos, creyendo que son gusanos, y como no entienden lo que les dice el profesor es inútil hablarles, pero el ejemplo de los mayores termina por arrancarles su concha de recelos, y del aislamiento de sus montañas pasan a la convivencia y a las costumbres de la escuela, sin demasiadas penalidades.

“¿Qué hemos logrado? Usted mismo puede juzgarlo si me acompaña al internado.”

Asistimos a la clase de solfeo. Un muchachito descalzo, de pie junto a la mesa del profesor, leía su papel. La delgada voz subía y bajaba dándole a cada nota su valor y sin que se advirtiera la menor vacilación en el recitado.

—La vocación de los niños por la música es sorprendente —aclaró el director—. Son muchos los que primero aprenden a solfear que a descifrar las letras.

No tardó en hacer su aparición la orquesta: una trompeta, un saxofón, una batería. Los tres muchachos tocaban seriamente sus instrumentos, pero el antiguo vals, que se desen-

volvía haciendo temblar los vidrios de las ventanas, era lo de menos ante la maestría del joven que soplabla en el saxofón. Este notable saxofón, que ha viajado durante veinte años por todas las escuelas de la sierra —naturalmente se trata de un regalo del presidente Cárdenas—, abollado, deslucido, afónico, funcionaba, gracias a un complicado juego de resortes que los hábiles dedos del tarahumara evitaban moviéndose entre ellos como una araña en su tela.

Concluido el concierto, salimos al campo. Hundidos en el río helado, los alumnos de curtiduría lavaban las pieles, golpeándolas con sus bastones, y en el huerto, otros jóvenes araban la tierra y podaban los árboles.

—Me entristece pensar —le dije al director— que los años de internado sean los únicos dichosos de su vida. La vieja Venancia me pregunta: ¿Qué será de estos niños al abandonar la escuela?

Los ojos del director se ensombrecieron.

—Ese es el problema —respondió—. Durante seis años se les ha vestido, alimentado y educado. ¿Después? El futuro está más allá de nuestras posibilidades. Los que estudiaron música no podrán comprar instrumentos; los curtidores, carpinteros, herreros, serán incapaces de instalar sus talleres. No los armamos para la vida y esta es la grave falla, el pecado de la educación rural en nuestro país.